

dos, y que el gobierno colonial holandés sobre Indonesia era «dulce, tolerante y progresivo».

En *El militarismo mejicano*, Blasco atacó profundamente a la revolución del país azteca, que había caído en una rueda lamentable de luchas entre generales. Y se defendió de la acusación que fue lanzada sobre él, calificándole de agente de los Estados Unidos. «Yo estoy con el Méjico de las personas decentes. Me limito a criticar la pobreza en que vive el país por culpa de las incesantes revoluciones; censurar a los generalotes que prolongan la tiranía de un militarismo zafio; dolerse de que la anarquía mejicana no ofrezca remedio». Al final, en el colmo de su diatriba, Blasco llega a preconizar la intervención armada de los Estados Unidos para arreglar el problema mejicano, elogia el período de Porfirio Díaz —«no había libertad, pero sí paz y riqueza»— y se declara partidario del general Carranza, en contradicción manifiesta con sus opiniones antimilitaristas.

En realidad, seguir el pensamiento político de Blasco Ibáñez, suele ser una aventura intelectual lamentable, y una apasionante visión personal. Las grandes intuiciones de Blasco suelen iluminar extensas zonas de pensamiento plagadas de contradicciones, de total confusión y vehemencia. El mismo resumió su actuación política, en un fragmento esclarecedor: «He pasado gran parte de mi vida batallando inútilmente por derribar la Monarquía en mi país e implantar la República. He ido no sé cuántas veces a la cárcel por escritos atrevidos en los periódicos y por tentativas de revolución armada. Fui condenado por un Consejo de Guerra a presidio, y en él pasé año y medio, por haberme opuesto a la guerra de España con los Estados Unidos, y por ser partidario de la independencia de Cuba. He vivido en una pobreza ascética mientras fui político. No escribía libros; dedicaba todo mi tiempo a la causa revolucionaria, no podía ganar dinero. Jamás disfruté empleo alguno. No he tenido otro cargo que el de diputado; y fui diputado siete veces en un país donde esta función es gratuita y no se recibe un solo céntimo por sentarse en la Cámara. Soy ahora un vencido, lo reconozco».

Esta última frase augura una amargura sintomática. Blasco no llegó a ver la República de sus sueños, y es muy posible que mejor haya sido así. Su ídolo ideológico, en cuanto a pensamiento político, fue don Francisco Pi y Margall, en las filas de cuyo partido militó. Pero, en realidad, su credo se limitaba a un esquemático y superficial republicanism. Era una dialéctica formal, la que subyugó la concepción política blasquista, que centraba la conquista de la democracia en el simple cambio de gobierno. Como es lógico, este esquematismo intelectual lo suplió el escritor con su demagogia callejera. Blasco fue

subversivo no por las metas que intentaba alcanzar, sino por los especiales métodos que siguió. Fuster constata también un dato esclarecedor: Blasco, gran orador de mítines callejeros, verdadero encantador de las masas —y hay testimonios de su atractivo sobre las multitudes hasta del propio Anatole France, a quien «barrió» en Argentina— no destacó luego como diputado en el Congreso. Efectivamente, en la cámara parlamentaria, las dotes de Blasco estuvieron apagadas. Lo suyo era el mitin popular, la algarada callejera, y, en último pero frecuente extremo, los motines y los bastonazos.

Esta actuación popular y demagógica del escritor, que como hemos visto no responde a un auténtico extremismo de sus concepciones políticas, caló, sin embargo, en el pueblo valenciano, donde el «blasquismo», que sobrevive pujante, ha llegado casi a ser una concepción del mundo. Además, la «Renaixença» valenciana fue un movimiento de alta burguesía, de un regionalismo aceptado por grupos selectos de intelectuales y clases altas. De ahí que Blasco no conectara, dado su especial sentido popular, con el regionalismo valenciano, prescindiera del idioma natal, y enfocara su literatura y su visión política tomando como norte y criterio las concepciones de la burguesía europea, más racionalizada que la española. La peligrosidad de Blasco estuvo más en los métodos que en su doctrina. Claro está, que esta doctrina tenía una serie de puntos diáfanos que chocaban con las tradicionales estructuras del país: combate abierto contra la monarquía, contra el militarismo, sentimiento anticlerical, franca oposición a las guerras coloniales, etc.

En realidad, los gestos asustan mucho más que las doctrinas, aunque ésta sea una consideración estrecha y superficial del problema, sin posible vertiente de futuro. Los gestos se agotan en sí mismos, y muy posiblemente, la gesticulación política de Blasco hubiera sido estéril de no contar con la imprevista ayuda que le prestó el conservadurismo español con sus condenas y simbólicas excomuniones. Toda acción produce una reacción, y el blasquismo fue la espita del progresismo valenciano, una espita confusa, incoherente si se quiere, pero tremendamente eficaz. Una espita que vislumbró sobre todo los resultados, el triunfo universal del novelista, apoteosis imborrable en el corazón de sus leales partidarios.

Pero, en cuanto a la auténtica subversión se refiere, la ingenuidad blasquista quedó bastante lejos de los movimientos socialistas o anarquistas, que son, sin duda, los extremismos verdaderamente peligrosos para cualquier régimen liberal o autocrático. Y no solamente eso —vuelvo a tomar una reflexión de Fuster, penetrante analizador del fenómeno político Blasco—, sino que la actividad política del escritor

arraigó en las masas populares levantinas, cegando los canales de subversión tradicionales. Bien es verdad que el proletariado no ha sido nunca la base fundamental del blasquismo, sino más bien los pequeños burgueses y las clases medias. Pero el atractivo operativo del planteamiento político del escritor y sus partidarios ejercieron una amplia y demagógica influencia sobre los sectores populares, que fueron parcialmente inmunizados contra las acostumbradas formas de subversión social.

Este balance no es, pues, ni positivo ni negativo. Así suele suceder con los fenómenos humanos, y quien se empeñe en encerrarlos en fórmulas simplistas cae en la superficialidad y el error. El talante político de Blasco fue progresivo para la España de su época, y falso en su raíz revolucionaria; el escritor predicó la revolución y la democracia, pero se equivocó, y fue simplemente un desmitificador del antiguo régimen, lo que ya es bastante, dada la caracteriología histórica del progresismo español. Junto con esta equivocación, la intuición de Blasco reluce en muchos puntos aislados. Pero sus intuiciones, extraídas siempre de la observación de un fenómeno concreto, son chispazos abstractos, formulaciones románticas e ideales. No resulta así extraño verle exclamar, a la vista del fenómeno político italiano y de la monarquía de los Saboya que «la democracia, como el sol, dora cuanto toca». Esta frase, de elogio a una dinastía real, viniendo de labios de un feroz y ardiente republicano es todo un prodigio de sentido.

Su amargura final, de la que la cita anterior en la que se autodenomina derrotado es toda una solemne declaración, puede unirse a otras formulaciones fascinantes, incoherentes e idealistas: «¡Ay de los pueblos que ahogan en sangre los ideales», o aquella otra más explícita de que: «A mí no me asustan las revoluciones porque destruyan, siempre que después sepan reconstruir». Blasco andaba por el mundo con los ojos abiertos y la pluma en ristre, y, realmente, no solía tener demasiado tiempo para meditar los temas. El escritor no supo encontrar sentido al fenómeno revolucionario más importante de la época histórica que le tocó en suerte vivir: la revolución rusa. Para un burgués occidental, admirador de la sociedad yanqui, que tan prodigamente le había ensalzado, la Rusia de Lenin era algo incomprendible. Y así lo dijo en alguna ocasión, en la que tildó a la revolución comunista soviética de «cosa de locos». Consideraba a Lenin como un asceta visionario, y para él, el fenómeno en su conjunto formaba parte de la magia irracional del mundo eslavo.

Pero Blasco, radical en España y progresista de orden en Francia, propietario y capitalista de las letras, tuvo una amargura revolucio-

naría. El mundo le había arrebatado las banderas de la subversión. Su visión se tornará eminentemente pesimista, y, al final de su viaje alrededor del mundo, los acentos del escritor son lúgubres. Contrastando con la superficialidad de sus descripciones del Tercer Mundo (simple feudalismo colonial en su época), con el colorismo esquemático y fácil con que describe China, Japón, Java o la India, el cansado burgués que regresa a Fontana Rosa, frente al mar de la Costa Azul, es un hombre angustiado. Un hombre que acaba de ver el mundo, y esta visión no le ha resultado agradable ni tranquilizadora. Un escritor vital, de garra profunda, que ha visto la escasez de alimentos en el mundo, que la mitad de los hombres pasan hambre (y esto era un evidente optimismo, y lo sigue siendo), y que piensa si todas las tierras que acaba de ver no serán algún día «futuros campos de batalla». El mundo de Asia y Africa se levantará contra el hombre blanco, dijo Blasco, quien añadió: «Nuestros progresos son puramente materiales. Aún no ha llegado la revolución interior, la que inició el cristianismo sin éxito» (según Blasco). Sus últimas palabras son un alegato para «matar el egoísmo» de los dominadores, para que la «abnegación y la tolerancia» se extiendan por el mundo en crisis.

¿Es éste el peligroso Blasco Ibáñez? ¿No se trata más bien de un acendrado idealista, de un predicador torrencial y complejo, que operó durante toda su vida dentro de la más auténtica ortodoxia racional? La imagen del Blasco protervo, demoníaco y comecuras, desaparece por completo, y no es más que el recuerdo de un joven periodista impulsivo y militante, que intentaba sustituir un régimen normal—la monarquía—por otro sistema de gobierno tan razonable como aquél, la república. En el campo del pensamiento, la acción de Blasco no tiene demasiado de revolucionaria; para concluir con la última cita de Fuster: «Blasco no supone una lección de libertad, sino de aprendizaje de la libertad». Que no es lo mismo.

LA OBRA DE UN NOVELISTA MÍTICO

Vicente Blasco Ibáñez es el escritor español más traducido de toda la historia de nuestra literatura, después de Cervantes. Su triunfo, del que gozó plenamente en vida, no tiene parangón en los anales de nuestra literatura moderna. Blasco fue una personalidad mundial, y esta categoría la obtuvo única y exclusivamente por su obra literaria. Fue amigo de políticos y monarcas, viajó en triunfo por el mundo entero, fue uno de los escritores mejor pagados del mundo—mil dólares por un artículo, dos mil por un cuento—, sus obras se vendían